



La gallomagia

Antonio Ros de Olano

Poema a espuela viva, escrito por Fulano Zurita, bachiller en patas de gallo, licenciado en puyas y doctor en ambos espolones

ARGUMENTO DEL PRIMER CANTO.

Donde hallará el lector menos sapiente
que en cada octava asoma un desatino,
como al que ensarta coplas de repente
le saca el consonante de camino.
Mas si hay quien lea, pío o consecuente,
mi canto un tanto cuanto calaíno,
verá que en tan insípido monólogo
burla burlando se establece un prólogo.

Canto primero

¡Cómo ha pasado el tiempo tan esquivo,
sobre mis infantiles sensaciones,
desde que declinaba el sustantivo
Musa, musae en gramáticas lecciones!
Cómo ha pasado ya no lo concibo,
y aunque entonces tenía sabañones,

¡Oh, musa del dolor! ¡cuánto prefiero
el tiempo aquel, a ser tu compañero!

¡Perdóname, infeliz! tú que naciste
del suspiro del hombre, y que te bañas
en la fuente de lágrimas que existe
en el fondo letal de las entrañas;
tú a quien la risa del sarcasmo viste
a veces con obscenas telarañas,
¡Perdóname, infeliz! y entona un canto
que vierta risa y que destile llanto.

De aquéllas que mis ojos anhelantes
miraron tan colmadas de hermosura,
visiones del deseo rutilantes,
hadas de amor, mujeres de luz pura,
no me recuerdes, musa, los semblantes,
ni el seno aquel, ni la fugaz cintura,
que hartó las hallo y veo que, en efecto,
están en su pretérito imperfecto.

Si fuesen a lo menos viejas viejas,
o sordo yo cual perro a los diez años,
no me atormentarían con las quejas
de sus no merecidos desengaños.
Pero aún tengo memoria y tengo orejas,
y ellas se fingen con venéreos paños,
y lléganse y me llaman hombre infante
para más ofenderme y que las ame.

¡Amar! ¡amar! ¡quién ama en la caída
de las marchitas flores de su alma,
cuando ya va diciéndonos la vida
que la muerte dulcísima es la calma!...
¡Oh! tú que al melancólico Abasida,
para cantar la desterrada palma,
le hiciste desdeñar el reino moro.
¡Oh, musa del dolor! contigo lloro.

Y aléjame el recuerdo de una guerra
en que la Parca se vistió de gloria,
que en sangre hermana salpicó la tierra
y sobre tumbas entonó victoria.
Mi corazón, mi pensamiento cierra
a los triunfos de efímera oratoria...
¡Defendió la justicia el labio mío!...
¡Oh, musa del dolor! contigo río.

Yo, para sacudir la pesadumbre
que el corazón del bueno despedaza,

trepé a caballo a la escarpada cumbre,
o a pie en el monte fatigué la caza.
Vi nacer, vi morir del sol la lumbre,
solo en la soledad... mas hoy rechaza
mi edad cansada fustigar caballos,
y para cazador me sobran callos.

Vosotros, que vivís exentos de odios,
santos superlativos o Santones,
modestos y modernos monipodios,
jefes de las políticas facciones;
y vosotros también, soberbios Clodios
archi-magnificentes Anfitriones,
soltad una estentórea carcajada...
¡Yo confieso que ya no valgo nada!

Y pues que soy la nulidad cantando,
nada os importe relegar mi nombre;
el tiempo y los sucesos van andando;
Dios guía el mundo y deja a cada hombre.
Próspero viento a la ambición del mando
sopla y trae oro, timbres y renombre,
y yo soy búho que, si el viento sopla,
retraído a su cueva echa su copla.

Y hasta incorrecta, vaga y perezosa
sale mi pretendida poesía;
por pintar una, me salió otra cosa,
como a Orbaneja cuentan sucedía;
de suerte que, al cantar en versi-prosa
canto de Gallos, que es lo que quería,
tengo al pie de esta octava que explicallo,
plagiando de Orbaneja el «esto es gallo.»

Y esto es Canto de Gallos, en efeto,
sin que se entienda que me fuí a la pecha
con gentes de tantísimo respeto,
ni traten cosas de pasada fecha.
Heraldos hubo que lanzaron reto
pidiendo por las armas cuenta estrecha,
no por rivalidades de gallina,
que a más alto concepto se encamina.

Quédese para el Griego y el Troyano
la que armaron feroz marimorena,
por tan torpe motivo y tan liviano
como el motivo que les diera Elena.
Si fue pretexto de que echaron mano
con fin siniestro, sea enhorabuena;
pero, en suma, el motivo es caso oculto

y se ve sólo a Elena dando el bulto.

¡Así las Sirtes de la vida humana
fueron siempre elección de los mortales!
La vil codicia, la ambición insana
vistió el dolo con púdicos cendales;
y así la fuerza todo lo profana,
y así buscamos nuestros propios males,
y así hay miserias que engrandece Homero,
y hazañas hay que mueren sin coplero.

Tú, amiga musa, en la virtud mecida,
y acibarada luego en la experiencia,
no desdeñes la loa merecida
al denodado empeño y diligencia
con que, dejando su región querida,
lanzáronse del mar a la inclemencia,
a fiar su justicia en sus patadas
los gallos de las islas Fortunadas.

Cuenta la tradición que un desterrado
por no sé qué político misterio,
volvió a su hogar, cuando cayó silbado
tampoco sé qué obscuro Ministerio.
Y trajo un pollo a su calor criado
con el amor que infunde el cautiverio;
mas, luego que se vio en su patria amada,
vendió el gallo al galán de su criada.

Y era este mozo un vendedor grosero,
de los que están a ver lo que se gana,
y hacen de aves domésticas rimero
en mitad de la plaza de Santa Ana.
El tal cambió su gallo a un zapatero
por unos estivales de badana,
y el zapatero lo pasó de mano,
por copas, a un torero sevillano.

El diestro en toros, jugador bizarro
de lances en que van vida o fortuna,
tenía en apropósito cotarro,
con cautela apartadas una a una,
seis del Guadalquivir y seis del Darro,
doce jacas de noble y fiera cuna,
cuando, para adiestrarlas en la esgrima,
tomó el gallo al maestro de obra prima.

Llama el arte gallero gallo-mona
al mísero paciente en este juego,
y condena por ende al que abandona

la lucha y toma las de Villadiego.
¡Mas qué emplumada en público matrona,
ni qué relapso condenado al fuego,
ni qué pulga entre dedos de una vieja
al mártir gallo-mona se asemeja!...

Cógenlo de un alón y de una pata,
y, así suspenso con cruel destreza,
lo abuzan a otro gallo, porque bata
y en él ofenda con veloz fiereza;
y el gallero las plumas le desata,
y los gallos le tunden la cabeza,
hasta que, sin descanso en su tortura,
espira en el rincón de la basura.

¡Y oh tres y cuatro veces fortunado
el que, tras tres, o cuatro, o seis sotanas,
muere de un solo golpe degollado,
porque soltó el contrario las botanas!...
¡Y oh tres mil y más veces desdichado
el que, opreso por garras inhumanas,
pierde en raudal heroico su ardimiento
y a los cobardes sirve de instrumento!...

En tal estado y bárbara agonía,
al que nunca sintió temor ni susto
dábanle una paliza cada día
los gallos andaluces a su gusto;
que el Polifemo atroz de Andalucía,
bárbaro ejecutor de ceño adusto,
le aferraba con manos gallicidas,
gozando ¡oh, mengua! en verle las heridas.

¡Guay, musa mía, del pastor guerrero,
nuevo Viriato y Hércules de España,
que en la ferina jaula prisionero
la plebe vil con mofas acompaña!
¡Guay del gallo del Teide y Guanche fiero
a quien el noble rostro en sangre baña
uno tras otro audaz gallo villano,
porque está preso en enemiga mano!...

Los que amáis el valor y el ardimiento,
y despreciáis toda alma humilde y flaca,
vedle tras tanto y tanto sufrimiento
arrojado en la jaula de una urraca,
y a millones de piojos dar sustento,
y, por yerba, pisar inmunda caca;
vedle, por fin, con noble continente
dando la vida sin doblar la frente.

¡Cáscaras! dijo el gladiador cautivo
(y esto en parla galluna vale un terno);
¡Cáscaras! repitió, y en el altivo
semblante le asomó todo un infierno.
Y es que, entre medio muerto y medio vivo,
con honda pena, o con horror interno,
vio entrar con el torero de Sevilla
al emigrado que le dio papilla.

Y, entrando, dijo al desterrado el diestro:
«Visto que su merced va de condena,
»por rezar meramente el padre-nuestro
»lléveseme la mona enhorabuena;
»y, ya que servir puede de cabestro
»con tanto andar y desandar la trena,
»le recomiendo al chulo Juan Araña,
»que allá lo llevan por cantar la caña.»

-«No dude usted seré su compañero.»
-«Su merced verá en él una gran pieza.»
-«Yo he sido siempre amante del torero.»
-«Estimando, señor, tanta fineza.»
-«Y Araña, ¿mata o es banderillero?»
-«Las cuelga a media vuelta con destreza,
»y salta bravucones al trascuerno,
»y mata algunos bichos en invierno.»

Tras este mutuo cambio de favores,
el desterrado se llegó a la jaula,
y sacó de su lecho de dolores
al que el torero apellidó la maula.
Y, aunque por su verdugo y los traidores
ferido está don Amadís de Gaula,
ferido y mal ferido, en voces rudas,
tres veces canta en manos de su Judas.

Canto de libertad, que presentía
el indomable espíritu guerrero;
aura de vida, que la patria envía
al nauta, al peregrino, al extranjero...
Así entonaban salmos de alegría,
roto de Babilonia el yugo fiero,
«¡Israel! ¡Israel!» cantando altivos,
los que Jerusalén lloró cautivos.

«¡Israel! ¡Israel!» ¡grito inflamado
de los que a su región libres volvían!
¡Himno de libertad, canto sagrado
que al Dios de las batallas ofrecían!

Y de esta suerte el gallo desterrado
a quien las auras patrias sonreían,
cantó tres veces con acento rudo:
«¡Patria del Vengador, yo te saludo!»

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

